

CAPITULO IV

ALZA

Alza – Reflexiones inspiradas por la naturaleza – Una frase de Víctor Hugo – Situación de Alza – El tejo del Campo Santo – Idilio – Los *caseríos (sic)* recuerdos del pasado – Aparición de Pasajes - Las *lavanderas (sic)* - Subiendo hacia Alza – Aspecto de Alza; diversos detalles -. La iglesia de San Marcial – Admirable panorama - Contemplación delante del valle.

Desde lejos, el pequeño pueblo de Alza excita nuestra curiosidad. Creemos, además, que por todo donde la naturaleza se muestra bella, es bueno visitarla, ya que es imposible que ella siempre sea la misma y que los lugares deben infaliblemente parecerse, porque por encima de ellos se extenderá el infinito de azul que se fundirá en el infinito del verde.

Sí, todo es azul, todo es verde; pero estos dos colores, el fondo y la base de todo paisaje, no sabrían dejarnos. Hay en la naturaleza una superabundancia de vida que vierte inevitablemente una superabundancia de detalles, y estos detalles son el encanto que sostiene sin cesar el entusiasmo, que lo alimenta, lo renueva, lo retiene y lo exalta.

Uno de los más grandes gozos que han sido dados al hombre es, sin contradicción, esta facultad de poder sentir con el corazón, con el alma, y de poder, en la contemplación de la grandeza y de la belleza, descansar de todo lo que en el mundo se agita en medio de lo mezquino, del vacío y de lo inacabado, ya que toda obra del hombre es imperfecta.

Pero aquí es la obra del mismo Dios, la que no envejece, porque la rejuvenece siempre, aquélla que El ha creado para nosotros, pero también para su gloria, ésta a la que todos los poetas han cantado desde que el mundo existe y que les inspirará hasta el fin de los siglos, aquélla que es finalmente, este bello libro vivo en el que cualquiera puede leer la grandeza y aprender el poder de Aquél que lo ha creado.

Y mientras, todo esto es verde y azul: pero como lo ha dicho Víctor Hugo.: “Dios es el pintor: con el verde, ha hecho la tierra; con el azul, ha hecho el cielo.”

Vamos pues, hacia Alza, como iremos hacia todo lugar donde nos llame el encanto, no dejando la consideración de que una montaña es una montaña, que la mar es la mar, y que por esta única razón la una y la otra deben ser aquí lo que ellas son allá. Cada lugar tiene su vida propia, es decir su cielo, su luz, sus colores particulares, su atractivo, su alegría, su melancolía, y posiblemente su misterio.

Poco distante de San Sebastián, el pueblo de Alza, se asienta en la parte llana de una colina bastante elevada, y de ahí que la belleza de los

panoramas que descubrimos, compensa ampliamente la fatiga que impone su lado rudo y penoso. Se percibe de lejos, elevándose en el centro de un cinturón de montañas de aspecto variado, con su pequeña iglesia maciza, cuya campana está suspendida, como un punto negro, entre los brazos de su modesto campanario, calado de parte a parte.

Más bajo, y perdido en los maizales pálidos, el Campo Santo (sic) se muestra como un triste ramo de negros cipreses con su gran tejo que, escapándose de un ángulo del recinto, se eleva derecho y alto como una columna funeraria.

Y es casi un monumento este pobre cedro secular, que recuerda una simple e ingenua historia, un idilio en estos montes.

Un alcalde, bienhechor del lugar, dotaba cada año a una joven, la más pobre y la más virtuosa. Además, en ese año, la más virtuosa era la más bonita, y su corazón estaba prometido... Los felices novios no podían mientras tanto, probar la felicidad esperada. Ella murió antes de la unión deseada. Pero la dote de la joven novia no podía en absoluto formar parte de ninguna otra; fue empleada en los gastos de su sepultura. Se plantó un cedro sobre su tumba, el mismo que hoy se eleva con impulso hacia el cielo, dejando la tierra, como un lamento, su largo y triste trazo de sombra.

Para llegar a Alza, hemos tomado el sendero que, fuera de la vía férrea, recorre durante algún tiempo la línea, luego accedemos a las zonas altas. Ciertamente, no es el camino más fácil ni el camino más corto pero pensamos que es el que halaga mejor nuestro capricho y puede también reservarnos descubrimientos y sorpresas.

Allá por donde va la vista, la mirada se para maravillada, se complace en el descanso y se entretiene en el silencio de todo lo que le rodea. Pasamos delante de bellas granjas que no tienen nada de lo que ese nombre representa en nuestro país Francia y en la mayoría de las otras regiones de España.

Hay aquí, en estas granjas, algo más que la morada de un simple campesino o un tranquilo labrador. Lo señorial se muestra en estas construcciones vastas, sólidas, sombrías, de aberturas estrechas, casi troneras, con los porches a menudo ojivales, con pesadas columnas de piedra elevándose en la entrada, o sosteniendo las viejas galerías, de gruesos contra-muros, casi defensas.

Se sueña, entonces con el pasado. Volvemos a ver bajo el umbral a *Jaun* (el señor) ó a *Andría* (la señora), verdaderas figuras sencillas y nobles de estos tiempos retrocedidos, representantes del patriarcado; reyes pastores, pero jefes, y a veces jefes terribles de estos montes y de estos valles. Y nos acordamos también de estas luchas intestinas, luchas sangrantes y encarnizadas, estas guerras civiles, que han dejado por todas partes rastros de devastación, destrucción y muerte. Pero tendremos a menudo la oportunidad de volver a estos recuerdos antiguos y estos temas y lo dejamos así.

Pronto nos paramos de nuevo, un delicioso paisaje se desarrolla delante de nosotros. Es Pasajes (sic) que, en una aparición ideal, puede rivalizar en frescor, gracia y belleza con cualquier otro pueblo tan soñado de Suiza o de Italia. Pero este lugar encantador se esconde en Cantabria y, para hacerse conocer, ha descuidado los reclamos echados a los cuatro vientos por la publicidad.

Lo vemos de tal manera que no hubiéramos podido soñar. No es el Pasajes que la mar ha bruscamente abierto y separado. Desde aquí, la unión de Ulía y Jaizquivel (sic) es completa, su cima y su base no presentan ninguna línea de escisión.

Rodean así la bahía que se extiende a sus pies como un bello lago apacible y transparente, retrayendo fielmente en sus aguas sus contornos recortados y los colores variados de sus flancos descubiertos. Después, a su alrededor, como un collar de coral, se extiende la fila de tejados de tonos rojos, rosas o marrones de muy pequeñas casas que se presentan, se visten, se apoyan, se sostienen unas a otras y que, curiosas, se sumergen en el fondo del agua, donde, coquetas, se miran en ese espejo que refleja sus brillantes fachadas amarillas o blancas, sus balcones verdes o marrones, con miles gotas alegres que escapan de sus viejas galerías escalonadas.

Y las pequeñas barcas van y vienen con un aire tranquilo y seguro, como si, detrás de la masa de montes no se agitara en absoluto este elemento engañoso e indomable con el que cada día van a enfrentarse.

Veremos bajo aspectos diferentes a este Pasajes. Volveremos a menudo sobre él.

A nuestra derecha, un bello sendero, firme y bien trazado, se pierde en el fondo de las colinas que nos atraen y nos invitan; pero Alza está ahí, y es nuestro objetivo. Descendemos, por lo tanto, corriendo, la pendiente brusca de las alturas que hemos seguido; a sus pies se desliza, contorneando, un bello arroyo que atravesamos. Unos pasos más lejos, lo volvemos a encontrar, más ancho.

De distancia en distancia, gruesas piedras, colocadas horizontalmente a través de su lecho, retienen las aguas y ralentizan el recorrido. En estos pequeños estanques, así acondicionados, las mujeres se sumergen hasta las rodillas en medio de las aguas retenidas.

Las encontraremos por todas partes, solas o en grupo, allí donde se derramará el paso de un torrente o se deslizará el menor hilo de agua. Son las *lavanderas* (sic).

Su presencia añade siempre gracia al paisaje que ellas animan, Agrupadas, hacen ruido, ponen alegría, en esos pequeños valles silenciosos, con sus voces sonoras y cantarinas. El "fla" de la ropa, que a vuelta de brazo

elevan rápidamente por encima de sus cabezas y dejan volver a caer golpeando rudamente la piedra colocada delante de ellas, y como ellas, en el medio del agua. Solitaria, es una gracia escondida que evoca a menudo el recuerdo de esos grabados de viejas biblias. A veces, la adivinamos, solamente con el ruido de la ropa abatiéndose sobre la losa; otras veces, en un aclarado, bajo un rayo de sol, aparece como ese nimbo perlado que el movimiento de sus brazos, cubiertos de un agua espumosa proyecta por encima de su cabeza; finalmente, a veces también, se le sorprende, medio escondida bajo los altos tallos de juncos, agitando desde el agua que se desliza murmurando, la tela ya blanca que ella tira enseguida sobre los bordes herbosos y floridos del arroyo.

Subimos los primeros escalones, verdaderos peldaños que han sido contruidos, de distancia en distancia y por serie, en la parte inferior de la colina, para facilitar el acceso de la cuesta.

A medida que nos elevamos, todos los lugares recorridos se alejan para agruparse en un conjunto nuevo y delicioso. Cuanto más subimos, más el cuadro se amplía, más el panorama se extiende y se prolonga. Desde ahí además, entre el gran corte que divide Igueldo de Urgull, se extiende el horizonte sin fin, las mareas de plata del Océano, la inmensidad.

Alza no cuenta más que con su iglesia y algunas casas. Como lo hemos dicho, está sentada sobre la explanada misma de la colina. San Marcial, su iglesia, se eleva en el centro de esa plataforma, y las casas se alinean en semi-círculo alrededor de ella.

Alza no es una villa y no es un absoluto un pueblo, ya que sus casas, como en todas las villas de Guipúzcoa, se agrupan y se presentan con un aire de amo, de señor; tienen sus tejados de tejas y sus balcones de hierro.

La plaza de la Constitución está limpia como la de una Villa, y los animales domésticos no la molestan ni la mancillan.

El *frontón (juego de palma)* adosado al muro de la iglesia, espera, para animarse, el alto en el laboreo con el descanso del domingo.

Las mujeres trabajan silenciosas cerca de sus ventanas y nuestra presencia no les distrae en absoluto. Los niños están en la escuela. Sus voces se unifican en coro para recitar las oraciones y las lecciones del día; y la voz del profesor se eleva y se hace severa para conducir y contener al rebaño. Todo esto se hace en *basko* (sic), por supuesto. Es el único ruido que pone vida en este lugar tan tranquilo.

Pasando delante de la iglesia, me fijo en una cuerda que, partiendo del campanario en potencia, viene a fijarse en la ventana de una casa de enfrente.

Ahí vive el sacristán; y, para más comodidad, ha encontrado este ingenioso método de abreviar su servicio haciendo sonar, desde su casa, la misa, los nacimientos y las muertes, sin interrumpir sus ocupaciones diarias. Es encantador por su simplicidad.

La iglesia de San Marcial, fundada en 1.390, no ofrece nada de notable. Es una construcción fea, maciza y desnuda, pero la situación es espléndida. Nada más rodearla, es absolutamente imposible no poder manifestar nuestra admiración. Nada más bello que el paisaje inmenso y soberbio que se presenta ante nuestras miradas fascinadas.

Delante de nosotros, el terreno sucumbe en pendiente suave y se pierde a lo lejos en el más bello de los valles. A la derecha, San Marcos y Choritoquieta, con sus bellas defensas; Más allá, de frente, la masa soberbia y majestuosa de las “Peñas de Aya”, verdaderas fortalezas gigantescas y fabulosas, con sus colores contrastados de ladrillo quemado, de violeta, de amarillo y de azul, sus hendiduras profundas, sus sombrías grietas, como tantos pasillos misteriosos hundiéndose en estas laderas de roca, o abriéndose a pasajes inaccesibles, tenebrosos, bajo estas inmensas capas de granito azul cuarteado de vena sangrienta y de mármol dorado. Después, la base se enturbia, se ablanda, se disuelve, se armoniza y se pierde en los colores de la masa vecina que, sucesivamente, se escalonan, y al pie de las cuales se muestra, en este cuadro encantador, como una reina y dueña de este bello valle, la deliciosa villa de Oyarzun.

Queriendo disfrutar más tiempo y con reposo de este incomparable panorama, me he retirado hacia atrás. Sentada en los escalones de una pequeña escalera que lleva al campanario, segura de que nadie va a venir a interrumpir mi contemplación, estudio largamente este soberbio cuadro y observo atentamente todos los detalles.

Hay en este valle que se extiende delante de nosotros un aire, un efecto que le es particular; una abundancia, un deslumbramiento de luz que parece iluminar los rincones más ocultos, colorea cálidamente los mínimos movimientos del terreno, y pone en relieve los detalles que, de lejos, producen tonos de una tal potencia de color de vida, que sería imposible reproducirlo, como es imposible describirlo.

Además, no es en absoluto el valle como nosotros lo vemos comúnmente, extendiéndose solitario, escondido en el espacio a menudo limitado que le deja el pie de los montes. Aquí, el valle parece haber nacido soberano y haber mandado. Se diría que, de común acuerdo, los montes se han retirado para dejarle extender, formando a su alrededor un círculo ancho y majestuoso.

Y la masa sombría, de tonos cálidos, de la bella iglesia de Oyarzun, se eleva en medio de esta paz, de esta grandeza, de esta belleza que sería tan aclamada, ¡si se la conociera!

Y mientras las horas transcurren, los colores varían y se renuevan. Se acentúan en las alturas, bajo el efecto de los rayos de un sol poniente, mientras abajo se borran, se pierden y se apagan en las sombras que comienzan a extenderse y a envolver todo con sus ondulaciones espesantes.

Seguimos soñadoramente todos estos cambios que despiertan tantas imágenes en el pensamiento... Nuestras miradas se entretienen lentamente viendo correr regueros de brumas blancas y en copos que corren sobre las crestas de las alturas, agarrándose a todas las zonas ásperas de las montañas, rasgándose y dejando tras ellas jirones afligidos que se disuelven en los brezales donde habían reposado.

El aspecto se vuelve triste, un frío húmedo nos sobrecoge; nos parece estar envueltos en los sudarios de las montañas. Bajamos.
